

blos de Anáhuac se sirvió jamas de flechas envenenadas, quizás porque deseaban coger vivos á los prisioneros para sacrificarlos.

El *micuahuitl*, llamado por los españoles espada, porque era el arma que entre los Mexicanos equivalia á la espada del antiguo continente, era una especie de baston, de tres piés y medio de largo, y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de piedra iztli, fijos en el baston, y tenazmente pegados á él con goma laca (1). Estos pedazos tenian tres dedos de largo, uno ú dos de ancho, y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes, que, segun el testimonio del P. Acosta, se ha visto con una de aquellas armas cortar la cabeza á un caballo de un solo golpe; pero solo el primero era temible, porque las piedras se embotaban muy pronto. Llevaban esta arma atada al brazo con una cuerda, para que no se escapase al dar los golpes. La forma del *macuahuitl* se halla en las obras de muchos escritores, y se ve en nuestras estampas (2).

Las picas de los Mexicanos tenian en vez de hierro una gran punta de piedra ó de cobre. Los Chinantecas y algunos pueblos de Chiapan usaban picas tan desmesuradas, que tenian diez y ocho piés de largo, y de ellas se sirvió Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo Narvaéz.

El *tlacochtli*, ó dardo mexicano, era de *etatli* ó de otra madera fuerte, con la punta endurecida al fuego, ó armada de cobre, de iztli ó de hueso, y muchos tenian tres puntas, para hacer tres heridas á la vez. Lan-

[1] Herrera dice que pegaban los pedernales á las espadas con el jugo de la raiz *cacotle*, mezclado con estiercol de murciélago; pero ni se servian de pedernal en las espadas, ni pegaban el iztli sino con laca, que, como ya he dicho, se llamaba entre ellos estiercol de murciélago.

(2) Hernandez dice que con un golpe de *macuahuitl* se podia partir un hombre por medio, y el conquistador anónimo asegura que en una accion vió á un Mexicano sacar de un golpe los intestinos á un caballo, y á otro que, de un golpe dado á un caballo en la cabeza, lo dejó muerto á sus piés.

zaban los dardos con una cuerda (1), para arrancarlos despues de haber herido. Esta es el arma que mas temian los españoles, pues solian arrojarla con tanta fuerza, que pasaba de parte á parte á un hombre. Los soldados iban por lo comun armados de espada, arco, flechas, dardo y honda. No sabemos si se servian tambien en la guerra de las segures, de que hablaremos despues.

ESTANDARTES Y MUSICA MILITAR.

Usaban en la guerra estandartes y música militar. Los estandartes, mas semejantes al *signum* de los romanos, que á las banderas de Europa, eran unas hastas de ocho á diez piés de largo, sobre las cuales se ponian las armas ó la insignia del estado, hecha de oro, de plumas ó de otra materia preciosa. La insignia del imperio mexicano era un águila en actitud de arrojarse á un tigre: la de la república de los Tlaxcaltecas, un águila con alas estendidas (2); pero cada uno de los cuatro señoríos que componian la república, tenia una insignia diferente. La de Ocotelolco era un pájaro verde sobre una roca; la de Tizatlan, una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepeticpac, un lobo feroz con algunas flechas en la garra, y la de Quauhuitztlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, que probablemente seria la insignia de alguna ciudad del lago. Ademas del estandarte comun y principal del ejército, cada compañía, compuesta de doscientos ó trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no solo en las plumas que lo adornaban, sino tambien en la armadura de los nobles y oficiales que á ella pertenecian. La obligacion de

[1] El dardo mexicano era de la especie de los que los romanos llamaban *hastile*, *jaculum*, ó *telum amentatum*, y el nombre español *amento* ó *amiento*, de que se sirven los historiadores de México, significa lo mismo que el *amentum* de los latinos.

(2) Gomara dice que la insignia de la república tlaxcalteca era una grulla; pero otros historiadores, mejor informados, desmienten esta opinion.

llevar el estandarte del ejército, tocaba, á lo ménos, en los últimos años del imperio, al general, y el de las compañías, segun conjeturo, á sus gefes respectivos. Llevaban el hasta del estandarte atada tan estrechamente á la espalda, que era imposible apoderarse de ella, sin hacer pedazos al que la llevaba. Los Mexicanos la ponian siempre en el centro del ejército: los Tlaxcaltecas la colocaban en las marchas á vanguardia, y á retaguardia en las acciones.

La música militar, en la cual habia mas rumor que armonía, se componia de tambores, cornetas y ciertos caracoles marítimos que daban un sonido agudísimo.

MODO DE DECLARAR Y DE HACER LA GUERRA.

Para declarar la guerra se examinaba ántes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo comun la rebelion de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á un correo, ó mercader mexicano, Acolhua ó Tepaneca, ó algun insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelion era solo de algunos gefes, y nó de los pueblos, se hacian conducir los culpables á la capital para castigarlos. Si el pueblo era tambien culpable, se le pedia satisfaccion en nombre del rey. Si se humillaba, ó manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa, y se le exhortaba á la enmienda; pero si en vez de humillarse, respondia con arrogancia, y se obstinaba en negar la satisfaccion pedida, ó cometia nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolucion de la guerra, se daban las órdenes oportunas á los generales. A veces el rey, para justificar mas su conducta, ántes de emprender la guerra con algun estado, le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiéndole una satisfaccion conveniente, y prescribiéndole el tiempo en que debia darla, so pena de ser tratado como enemigo; la segunda, á la nobleza, invitándola á que persuadiese al señor evitase con la sumision el castigo que le aguardaba, y la ter-

cera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, segun dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz, y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliacion. Solian tambien mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, rechazaban la proposicion, y despedian al dios extranjero; pero si no se reconocian en estado de sostener la guerra, acogian al ídolo, y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo á la embajada con un buen regalo de oro y piedras, ó de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumision al soberano.

En caso de decidirse á emprender la guerra, ántes de todo se daba aviso á los enemigos, para que se aperciesen á la defensa, creyendo que era bajeza indigna de hombres de valor atacar á los desprevenidos. Tambien se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba á otro, se añadia la ceremonia de unguirlo, y pegarle plumas á la cabeza, por medio del embajador, como sucedió en el reto de Itzcoatl al tirano Maztlaton. Despues enviaban espías, á quienes se daba el nombre de *quimichtin*, ó ratones, para que fuesen disfrazados al pais enemigo, y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad de las tropas que alistaban. Si los espías desempeñaban bien su comision, tenian una buena recompensa.

Finalmente, despues de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra, y á los númenes protectores del estado ó de la ciudad, contra la cual se iba á combatir, para merecer su proteccion, marchaba el ejército, no formado en alas ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su gefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso se dividia en *xiquipillis*, y cada xiquipi-

lli constaba de ocho mil hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacatecatl, ú otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado á aquel objeto, en cada provincia, y llamado *xaotlalli*, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á la accion con un rumor espantoso (como se hacia antiguamente en Europa, y como hacian los romanos), y para ello se valian de instrumentos militares, de clamores, y de silbidos tan fuertes, que causaban terror á quien no estaba acostumbrado á oirlos, como refiere por experiencia el conquistador anónimo. En el ejército texcocano, y quizás en el de alguna otra nacion, el rey ó el general daba la señal del ataque con un tamborcillo que llevaba á la espalda. El primer ímpetu era furioso; pero no se empeñaban todos desde luego en la accion, como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenian cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaban la batalla con flechas ó con dardos, ó con piedras, y cuando se habian agotado las armas arrojadas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la union de sus huestes, defender el estandarte, retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Habia en el ejército cierto número de hombres que se empleaba en apartar estos objetos, á fin de evitar que el contrario los echase de ver, y cobrase nuevos brios. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas, ó en zanjas hechas apropósito, como lo experimentaron mas de una vez los españoles; y frecuentemente fingian una retirada, para atraer al enemigo que se empeñaba en seguirlos, á un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios; ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que pre-

sentaba al general despues de la accion. Esta fué una de las principales causas de la conservacion de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algun enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban á fin de que no pudiera correr. Cuando perdian el general ó el estandarte, echaban á huir, y entónces no habia fuerza humana que bastase á detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficiales y soldados que habian hecho algunos prisioneros. Cuando el rey de México hacia algun prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino, para darle la enhorabuena. Vestian á aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrian de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera á la capital, de donde salian á recibirlo los habitantes con música y grandes aclamaciones. Llegado el dia de su sacrificio, despues de haber ayunado el rey el dia anterior, como hacian los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero, con las insignias del sol, al altar comun de los sacrificios, y moria á manos del gran sacerdote. Este hacia con la sangre de la víctima una aspersion á los cuatro puntos cardinales, y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los ídolos que estaban en el recinto del templo, en accion de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se habia secado el pellejo, lo llenaban de algodón, y lo colgaban en algun sitio del palacio, para recuerdo de un hecho tan glorioso, en lo que no tenia poca parte la adulacion.

En los asedios de las ciudades, la primera precaucion de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mugeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno á otra ciudad, ó á los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnicion.

FORTIFICACIONES.

Para la defensa de los pueblos usaban diferentes clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras. De la ciudad de Cuauhquechollan sabemos que estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de veinte piés de alto y doce de grueso.

Los conquistadores que describen las fortificaciones de aquella ciudad, hacen mencion de otras muchas, entre las cuales es muy notable la que construyeron los Tlaxcaltecas en los confines orientales de su república, para defenderse de las invasiones de las tropas mexicanas, que estaban de guarnicion en Iztacmaxtitlan, Xocotlan y otros puntos. Esta muralla, que se extendia de una montaña á otra, tenia seis millas de largo, ocho piés de alto, sin el parapeto, y diez y ocho de grueso. Era de piedra, y de una mezcla tenaz y fuerte (1). No tenia mas que una salida estrecha, de ocho piés de ancho, y de cuarenta pasos de largo, que era el espacio que mediaba entre las estremidades del muro, encorvada una en torno de otra, y formando, como la de Cuauhquechollan, dos semicírculos concéntricos. Esto se entenderá mejor por medio de la estampa. Aun se ven en el dia algunos restos de esta construccion.

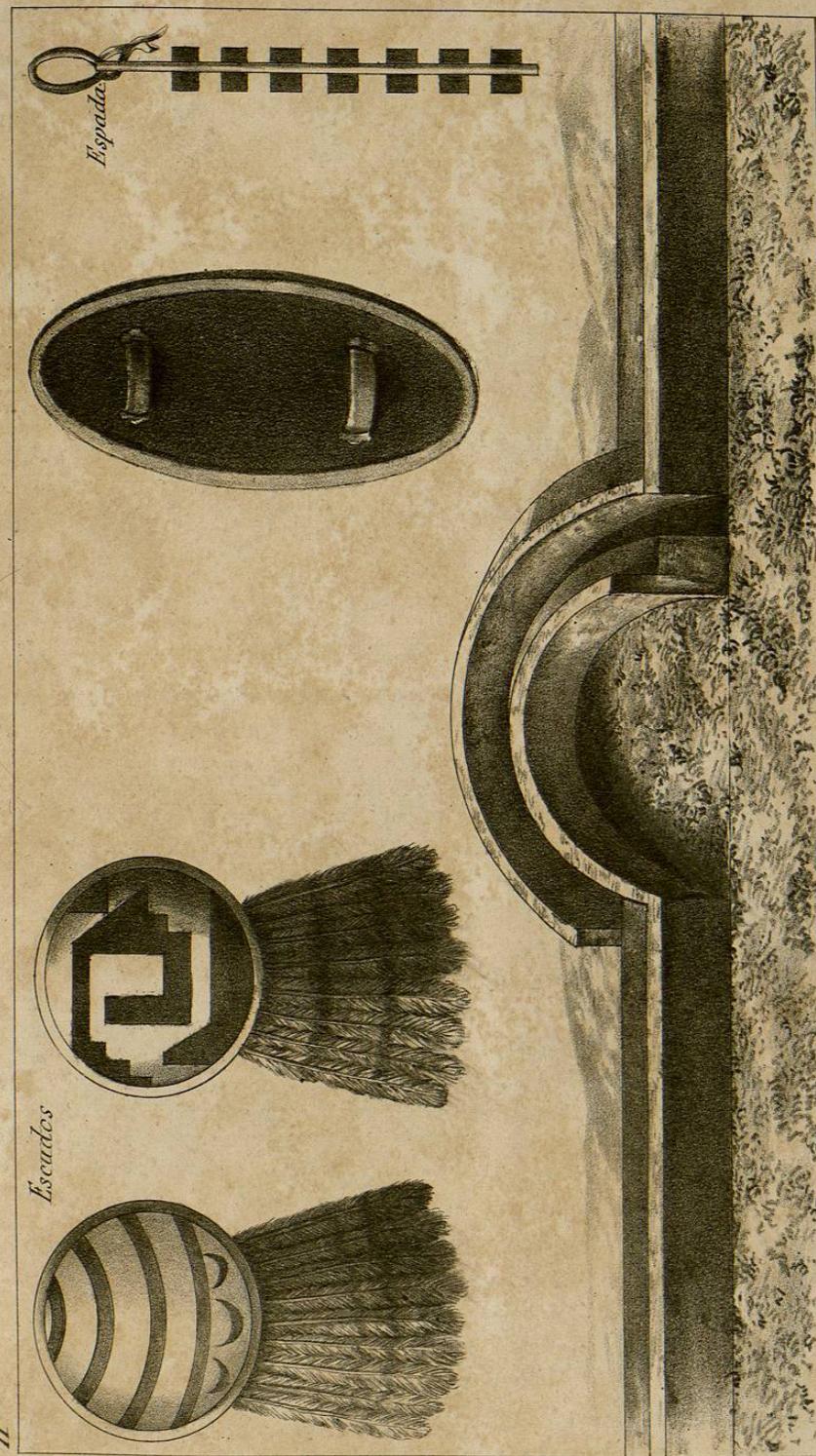
Subsiste tambien una fortaleza antigua, fabricada sobre la cima de un monte, á poca distancia del pueblo de Molcaxac. Está circundada de cuatro muros, separados unos de otros, desde el pié del monte hasta la cima. En las inmediaciones se ven muchos baluartes pequeños de piedra y cal, y sobre una colina, á dos millas de aquel monte, los restos de una antigua y populosa ciudad, de que no han dejado memoria los historiadores. A veinticinco millas de distan-

(1) Bernal Diaz dice que la muralla de Tlaxcala era de piedra y cal, y de un betun tan fuerte, que era necesario usar de picas de hierro para deshacerlo. Cortés afirma que era de piedra seca; pero debe darse mas crédito al primero, que observó por sí mismo aquella obra.

cia de Córdoba, existe aun la antigua fortaleza de Cuauhtochco, ó Guatusco, rodeada de altos muros de piedra durísima, y en la cual no se puede entrar sino es por unas escaleras altas y estrechas. Así era la entrada comun de las fortalezas de aquellas naciones. De este antiguo edificio, cubierto hoy de maleza, por el descuido de los habitantes de las cercanías, sacó, hace pocos años, un caballero cordobés algunas estatuas bien labradas, con que adornó su residencia. Cerca de la antigua corte de Texcoco se conserva una parte de la alta muralla que circundaba la ciudad de Coatlichan. Quisiera que mis compatriotas preservasen aquellos pocos restos de la arquitectura militar de los Mexicanos, ya que han dejado perecer tantos vestigios preciosos de su antigüedad (1).

La corte de México, fuerte ya en aquellos tiempos por su posicion, se hizo insuperable á sus enemigos, por la industria de sus habitantes. No se podia entrar en la ciudad, sino por los caminos construidos sobre el lago; y para que fuera mas difícil en tiempo de guerra, habian construido muchos baluartes en el mismo camino, y abierto muchos fosos profundos, con puentes levadizos y trincheras, para su defensa. Estos fueron los sepulcros de tantos españoles y Tlaxcaltecas en la terrible noche del primero de julio, de que despues hablaremos, y los que tanto retardaron la reduccion de aquella gran ciudad, á un ejército tan numeroso y tan bien armado como el que Cortés empleó en su asedio. Mayor hubiera sido la tardanza, y mas caro le hubiera costado el triunfo, si los bergantines no hubieran favorecido tan eficazmente sus operaciones. Para defender por agua la ciudad necesitaban de millares de barcas, y muchas

(1) Estas escasas noticias de aquellos restos de la antigüedad mexicana, recogidas de testigos oculares, y dignos de toda fe, me hacen creer que hay otros muchos, de los cuales no se tiene noticia, por la negligencia de mis compatriotas. Véase lo que digo acerca de este punto en mis Disertaciones, combatiendo la opinion del Dr. Robertson.



SALIDA DE LOS MUROS DE LA CIUDAD.

71

veces se ejercitaban en aquel género de combates.

Pero las fortificaciones mas extraordinarias de México eran los templos de sus dioses, y particularmente el mayor, que parecia una ciudadela. La muralla que circundaba todo el recinto, las cinco armerías, provistas siempre de toda clase de armas ofensivas y defensivas, y la misma arquitectura del templo que hacia tan difícil la subida, dan claramente á entender, que en aquella fábrica no tenia ménos interes la política, que la religion; y que al construirla, no se pensaba tanto en el culto de los dioses, como en la defensa de los hogares. Nos consta por la historia que se fortificaban en los templos, cuando no podian impedir á los enemigos la entrada en las ciudades, y desde allí los molestaban con flechas, con dardos y con piedras. En el libro último de esta Historia veremos cuánto costó á los españoles la toma del templo mayor, donde se habian fortificado quinientos nobles Mexicanos.

CAMPOS Y HUERTOS FLOTANTES EN EL LAGO DE MEXICO.

El alto aprecio en que aquellos pueblos tenian la profesion de las armas, no los distraia del ejercicio de las artes útiles. La agricultura, que es una de las principales ocupaciones de la vida civil, fué practicada de tiempo inmemorial por los Mexicanos, y por casi todas las naciones de Anáhuac. Los Toltecas se aplicaron á ella con el mayor esmero, y la enseñaron á los Chichimecas, que eran cazadores. En cuanto á los Mexicanos, sabemos que en toda la larga romería que hicieron desde su patria Aztlan hasta el lago, donde fundaron á México, labraron la tierra en todos los puntos donde se detenian, y vivian de sus cosechas. Vencidos despues por los Colhuas y por los Tepanecas, y reducidos á las miserables islillas del lago, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenian, hasta que doctrinados por la necesidad, é impulsados por la industria, formaron campos y huertos flotantes sobre las mismas aguas del lago. El

modo que tuvieron entónces de hacerlo, y que aun en el dia conservan, es bastante sencillo. Hacen un tejido de varas y raices de algunas plantas acuáticas y de otras materias leves, pero capaces de sostener unida la tierra del huerto. Sobre este fundamento colocan ramas ligeras de aquellas mismas plantas, y encima el fango que sacan del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varian; pero por lo comun son, si no me engaño, ocho toesas, poco mas ó ménos de largo, tres de ancho, y ménos de un pié de elevacion sobre la superficie del agua. Estos fueron los primeros campos que tuvieron los Mexicanos despues de la fundacion de su ciudad, y en ellos cultivaban el maiz, el chile y todas las otras plantas necesarias á su sustento. Habiéndose despues multiplicado escesivamente aquellos campos movibles, los hubo tambien para jardines de flores y de yerbas aromáticas, que se empleaban en el culto de los dioses, y en el recreo de los magnates. Ahora solo se cultivan en ellos flores y toda clase de hortalizas. Todos los dias del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal á la gran plaza de aquella capital, innumerables barcos cargados de muchas especies de flores y otros vegetales, criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilísimo, y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño, del sol y de la lluvia. Cuando el amo de un huerto, ó como ellos dicen, de una *chinampa*, quiere pasar á otro sitio, ó por alejarse de un vecino perjudicial, ó para aproximarse á su familia, se pone en su barca, y con ella sola, si el huerto es pequeño, ó con el auxilio de otras si es grande, lo tira á remolque y lo conduce á donde quiere. La parte del lago donde están estos jardines, es un sitio de recreo, donde los sentidos gozan del mas suave de los placeres.

MODO DE CULTIVAR LA TIERRA.

Despues que los Mexicanos sacudieron

el yugo de los Tepanecas, empezaron con sus conquistas á adquirir tierras de labor, y se aplicaron con extraordinaria diligencia á la agricultura. No teniendo ni arados, ni bueyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga, y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar ó menear la tierra, se servían del *coatl*, ó *coa*, instrumento de cobre con el mango de madera; pero muy diferente de la azada y del azadon. Para cortar los árboles empleaban una hoz ó *segur*, también de cobre, de la misma forma que la nuestra, con un ojo ó anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenían sin duda otros iustrumentos rurales; pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los rios, y de acequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua, y conductos para dirigirla. En los sitios altos, y en las pendientes de los montes no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra, hasta que se cubriese de yerbas, para quemarlas y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, ó con vallados de maguey, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de *Panquetzaliztli*, que empezaba, como hemos dicho, en 3 de diciembre, los reparaban, si era necesario.

El modo que entónces tenían, y aun conservan ahora en algunas partes, de sembrar el maíz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un baston endurecida al fuego, y echa en él uno ó dos granos de maíz, de una espuerta que le cuelga al hombro, y lo cubre con un poco de tierra, sirviéndose de sus piés para esta operacion. Pasa adelante, y á cierta distancia, que varia segun el terreno, abre otro agujero, y así continúa en línea recta hasta el término del campo, y de allí vuelve, formando otra línea paralela á la primera. Estas líneas son tan derechas

como si se hubieran hecho á cuerda, y la distancia de una á otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compas ó medida. Este modo de sembrar, apénas usado en el dia por algunos indios, aunque lento, es muy ventajoso (1), porque proporciona con exactitud la cantidad de grano á las fuerzas del terreno, y no ocasiona ademas el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo, dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega á cierta elevacion, le cubren el pié con un monton de tierra, para que tenga mas jugos y pueda resistir al viento.

Las mugeres ayudaban á los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar y preparar la tierra, sembrar y cubrir las plantas, y segar: á las mugeres deshojar las mazorcas y limpiar el grano. Aquellos y estas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

ERAS Y GRANEROS.

Tenían eras para deshojar y desgranar las mazorcas, y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados, y por lo comun de madera. Servíanse para esto del *oyametl*, árbol altísimo de pocas ramas, y estas muy delgadas, de corteza tenue y lisa, y de contestura flexible, pero difícil de romperse y rajarse. Formaban el granero, disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos é iguales del *oyametl*, sin otra trabazon que una especie de horquilla en su estremidad, para ajustarlos y unirlos tan perfectamente, que no dejasen paso á la luz. Cuando llegaban á cierta altura, los cubrían con otra trabazon de pinos, y sobre ella construían el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenían otra salida que dos solas ventanas: una pequeña en la parte inferior, y otra grande en la superior. Los había tan espaciosos, que podían contener cinco ó seis mil, y aun mas fanegas de maíz. Hay todavía de

(1) La lentitud no es tanta como parece; pues los labradores acostumbrados á aquel ejercicio, lo hacen con admirable velocidad.

estos graneros en algunos puntos distantes de la capital, y entre ellos algunos tan antiguos, que parecen contruidos ántes de la conquista, y segun me ha dicho un agricultor inteligente, en ellos se conserva mucho mejor el grano, que en los que se acostumbra hacer al uso de Europa.

Cerca de los sembrados solían hacer unas torrecillas de madera, ramas y esteras, en las que un hombre, al abrigo del sol y de la lluvia, estaba de guardia, y echaba con la honda á los pájaros que acudían á comer el grano. Aun se usan estos sombrajos en los campos de los españoles, por causa de la abundancia de pájaros que hay en aquellos países.

HUERTOS, JARDINES Y BOSQUES.

Los Mexicanos eran muy dados á la cultura de los huertos y jardines, en los que plantaban con buen orden árboles frutales, plantas medicinales y flores, de que hacían gran uso, no solo por la gran afición que les tenían, sino por la costumbre nacional de presentar ramilletes á los reyes, señores y embajadores, ademas de la escesiva cantidad de ellas que se consumía, tanto en los templos, como en los oratorios privados. Entre los huertos y jardines antiguos, de que se conserva memoria, eran muy célebres los jardines reales de México y Texcoco, de que ya hemos hecho mencion, y los de los señores de Iztapalapan y Huaxtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Iztapalapan llenó de admiracion á los conquistadores españoles, por su grandeza, su disposicion y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros, y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no ménos placer al olfato que á la vista. Entre los cuadros había calles formadas, las unas de árboles frutales, las otras de espaleras de flores y plantas aromáticas. El terreno estaba cortado de canales, cuya agua venía del lago, y en uno de los cuales podían navegar canoas. En el centro del jardín había un estanque cuadrado, tan grande, que tenía mil y seiscientos piés de circuito, ó sea

cuatrocientos de cada lado, donde vivían innumerables pájaros acuáticos, y en los lados había escalones para bajar al fondo. Este jardín, de que hacen mencion, como testigos oculares, Cortés y Díaz, fué plantado, ó mejorado á lo ménos, por Cuítlahuatzin, hermano y sucesor de Moteuczoma II. En él hizo plantar muchos árboles exóticos, como lo testifica el Dr. Hernandez que los vió.

Mayor y mas célebre que el de Iztapalapan fué el jardín de Huaxtepec. Tenía seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un rio que lo regaba. Había plantadas con buen orden y simetría, innumerables especies de árboles y plantas deliciosas, y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores y preciosidades. Entre las plantas se veían muchas que se habían traído de países remotísimos. Conservaron por muchos años los españoles esta bella hacienda, y en ella cultivaron toda especie de yerbas medicinales convenientes al clima, para el uso del hospital que en ella habían fundado, y en que sirvió muchos años el admirable anacoreta Gregorio Lopez (1).

Ni cuidaban con menor celo de la conservacion de los bosques, que suministraban leña para quemar, madera de construccion y caza para el recreo del monarca. Ya he hablado de los bosques de Moteuczoma, y de las ordenanzas de montes de Nezahualcoyotl. ¡Ojalá subsistiesen aquellas leyes, ó á lo ménos, ojalá no hubiera tanta libertad de cortar árboles, sin necesidad de reponer-

(1) Cortés en su carta á Carlos V, del 15 de mayo de 1522, le dice que el jardín de Huaxtepec era el mayor, el mas bello, y el mas delicioso que había visto en su vida. Bernal Diaz asegura que era maravilloso, y digno de un príncipe. Hernandez lo menciona muchas veces en su Historia Natural, y nombra algunas plantas que en él se criaban, especialmente el árbol del bálsamo. El mismo Cortés, en otra carta, refiere que habiendo rogado á Moteuczoma mandase hacer en Malinaltepec una casa de campo para Carlos V, apénas pasaron dos meses, cuando ya se habían construido en aquel punto cuatro buenas casas; sembrado sesenta fanegas de maíz, y diez de judías; plantado dos mil piés de cacao, y abierto un gran estanque, donde se criaban quinientos patos, así como en las casas mil y quinientos pavos.